

—Este café no lo acabas de hacer, seguro que es recalentado, ¿crees que soy un estúpido?

El Temblores arrojó el café ya frío al pecho de la camarera, pegó un trago de aguardiente y marchó al retrete para aliviarse. Fue entonces cuando la Furraca se acercó a la barra, muy despacio, convencida de lo que debía hacer.

El Temblores apuró la copa, se limpió los labios con el dorso de la mano y dejó un rimero de calderilla sobre la barra, contemplando satisfecho cómo la camarera se afanaba en recoger las monedas de uno, dos y cinco céntimos de euro. Pasaron unos segundos, tal vez un minuto o dos. El albañil demudó de repente la expresión hostil de su rostro, sembrando de palideces la frente, las sienes, lo hondo de sus mejillas. Los sudores, la quemazón en la lengua y los vómitos llegaron después. Le costaba respirar y su garganta era sólo un solar abrasado de alfileres. Sus manos flácidas derribaron el taburete, la taza de café y la copa vacía de aguardiente, mientras sus pupilas acuosas se dilataban, ennegreciendo el letargo de sus ojos. Sintió sueño, un sueño que lastraba sus piernas, que trocaba en inútiles sus esfuerzos por mantenerse erguido. Cuando cayó al suelo entre un estremecimiento de coyunturas, el Temblores emitió un gáñido rancio entreverado de náuseas y quedó allí, tendido, como desmadejado, un líquido blancuzco agarrado a la comisura de sus labios, la piel curtida de sus manos fibrilando entre añicos de cristal, y de loza, y de alivio.

Cuando la doctora y el enfermero de la UVI móvil estabilizaron al Temblores y cargaron con él hasta las urgencias del hospital, la Furraca, sentada junto a la mesa del ventanal, plegó con cuidado el sobrecito de papel que contenía un extraño polvo de color ocre. Sonrió a Susana, sonrió a la mañana que comenzaba a clarearse de un azul limpio, se sonrió a sí misma. Siempre supo que la raíz pulverizada de acónito, mezclada en una dosis adecuada con el aguardiente del albañil, aquietaría durante una buena temporada esa mala sombra y esos temblores tan desagradables que le acompañaban desde su más tierna infancia.

José Agustín Blanco Redondo

(Primer Premio en el II Certamen Literario Gómez Manrique del Ayuntamiento de Villamuriel del Cerrato (Palencia), abril de 2015)